

el estudio de redes sociales completas ha desarrollado numerosos indicadores. Existen indicadores globales de las redes, de posiciones, de subgrupos e indicadores de propiedades de los actores individuales (Rodríguez, 1995). La utilización de programas informáticos ha facilitado

dición teórica del análisis de redes sociales se muestra dispersa, si no desconocida, para aquéllos que se inician en esta perspectiva. Para evitar esta tendencia y cultivar la imaginación sociológica en el análisis de redes sociales es de gran utilidad la lectura de este libro. Por ello, debe-

[similar papers at core.ac.uk](http://core.ac.uk)

provided by

2002), que se ha convertido en el SPSS del análisis de redes sociales completas. También ha experimentado un gran desarrollo el análisis gráfico. Los actuales programas informáticos permiten representar en forma de sociograma redes con gran número de actores y relaciones. Permiten mejorar el gráfico con la inclusión de formas y colores distintos, reflejar intensidad en las relaciones, aislar subgrupos o componentes de la red. También se han desarrollado programas para la presentación de gráficos en tres dimensiones, así como en movimiento, lo que da mayores oportunidades al análisis de redes.

Sin duda, este refinamiento técnico del análisis de redes es muy positivo para avanzar en la comprensión de la realidad social, pero puede, también, conducir al análisis de redes sociales hacia un empirismo abstracto muy negativo. En ocasiones, la tra-

valiosos desde el punto de vista histórico, teórico y práctico. Sin duda, servirá para el desarrollo en nuestro país de esta valiosa perspectiva teórica y metodológica con la que aproximarse a la realidad social.

*Christian Oltra*  
Universitat de Barcelona

### Referencias bibliográficas

- BORGATTI, S. P.; EVERETT, M. G.; FREEMAN, L.C. (2002). *Ucinet for Windows: Software for Social Network Analysis*. Harvard: Analytic Technologies.
- RODRÍGUEZ, J. A. (1995). *Análisis estructural y de redes*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- SCOTT, J. (1991). *Social Network Analysis*. Londres: SAGE.

GIL CALVO, Enrique

*El miedo es el mensaje: Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación*  
Madrid: Alianza, 2003, 320 p.<sup>1</sup>

Los trabajos sobre el riesgo están resultando una de las líneas de investigación más prometedoras en el campo de la sociología: desde que Ulrich Beck lo situa-

ra en el centro de discusión de la teoría sociológica, una diversidad de tradiciones y corrientes han emergido con propuestas innovadoras. En estos debates, la natu-

1. El presente trabajo lo he realizado gracias a las becas convocadas para el «Desarrollo de tesis doctorales destinadas a Unidades Asociadas a Universidades-CSIC», que financian el desarrollo del proyecto de investigación que llevo a cabo en la Unidad de Estudios sobre la Ciencia y la Tecnología (UPV/EHI-CSIC).

raleza del riesgo ha resultado uno de los puntos más controvertidos. A su vez, se puede observar el papel central que desarrollan los medios de comunicación, punto subrayado reiteradamente por Beck, aunque muy pocas veces se ha propuesto un marco teórico para la articulación del riesgo y los medios de comunicación. Es cierto que la dificultad que concierne a la temática del riesgo puede condicionar el papel de los medios de comunicación. De la misma manera, una concepción u otra de cada una de las cuestiones acaba mediando en la otra: esta cuestión resulta evidente en el libro de Enrique Gil Calvo.

Debido a la escasa relevancia que ha tenido hasta ahora la temática en nuestro entorno académico, en esta reseña se opta por una presentación más larga de la habitual; es más, como testimonian los últimos congresos de Murcia (septiembre de 2003) y Alicante (septiembre de 2004), los tiempos inciertos resultan tan proclamados como descuidados en cuanto a la reflexión teórica se refiere. Por ello, en lo que sigue, en primer lugar, presentaré los capítulos de la obra y, en segundo lugar, incorporaré, en la parte final del trabajo, algunas consideraciones que pueden surgir a lo largo de la lectura y opino negligente no integrarlas.

1. En la introducción, Gil Calvo aprecia el advenimiento de un nuevo clima de opinión caracterizado por la incertidumbre y la desconfianza, que no debe entenderse como un hecho puntual y pasajero, sino como una característica de época. Así, en este nuevo contexto y ánimo colectivo también se necesitan nuevas referencias que diluciden el generalizado malestar social. Para Gil Calvo, la sociedad del riesgo y la globalización, las dos teorías contemporáneas que pretenden explicar este pesimismo, tal y como son presentadas, no sólo no son capaces para dar a comprender lo que está realmente pasando, sino que, como explicación del mal social que son, pretenden

identificar cabezas de turco sobre las que descargar la sensación generalizada de vulnerabilidad. En esta tarea, además, debemos considerar el papel que puedan tener los medios de comunicación y la opinión pública, pues, debido a razones estructurales y su función institucional, tienden a propagar la alarma social.

Sin negar estas consideraciones pero matizándolas a su manera, Gil Calvo propone la hipótesis maltusiana como modelo explicativo de la epidemia de la aversión al riesgo: la creciente interconexión aritmética de la frecuencia y densidad de las interacciones colectivas lleva aparejado el crecimiento geométrico del alarmismo; ésta fluctúa entre la euforia y el pánico, pues las posibles contingencias futuras pueden resultar tan benéficas como perjudiciales, pero debido a que el clima de opinión tiende al miedo y los medios de comunicación que la conforman y amplifican son proclives también a ello, el riesgo y la globalización se entienden como la forma secularizada que adopta la teodicea en la era de los medios de comunicación.

Es decir, la teoría del riesgo y la globalización no resultan suficientes como explicación del ascenso del clima de alarma social actual, y deben completarse con la hipótesis maltusiana y la función de los medios de comunicación. De ahí también la tesis central del libro, «el miedo es el mensaje», a través de la confluencia de la globalización maltusiana y del principio activo de la opinión pública concebida como generación y representación colectiva del miedo (dilatado, por cierto, a través de los medios globalizados de comunicación de masas): por ello, el riesgo global y la alarma social están creciendo. La conclusión, controvertida como veremos, es la siguiente: «lo que se incrementa no es sólo la observabilidad y el conocimiento del visible riesgo percibido, que los medios de comunicación revelan a la opinión pública, sino también la probabilidad de ocurrencia efectiva del invis-

ble riesgo real, que aumenta [siguiendo el principio maltusiano] aunque no lo descubra la ciencia, no lo revelen los medios de comunicación ni la opinión pública lo conozca, permaneciendo fuera de la vista de aquéllos a quienes amenaza» (p. 36).

En los siguientes cuatro capítulos, el autor profundiza en esta tesis a través del análisis de la opinión pública, la realidad objetiva, el efecto composición en la acción colectiva y el efecto contagio en las epidemias sociales. Si bien no debemos obviar el carácter ambivalente de la realidad y de la opinión pública que puede actuar como poder moderador, en este libro se propone analizar la fobia espontánea y la propagada por los medios de comunicación. Para ello, en primer lugar, se aborda el miedo exógeno o derivado del riesgo ambiental, pues hemos logrado reducir los riesgos reales al precio de hacer emerger como consecuencia no querida los riesgos virtuales, y, en segundo lugar, el miedo endógeno o derivado de las redes de interacción sociales y mediáticas.

Así, por tanto, en el segundo capítulo, se analiza la naturaleza y composición de la opinión pública. Se identifican las tres fuentes que dan inicio al proceso de comunicación, de cuya acción combinada surge la opinión pública entendida como conocimiento colectivo. La primera fuente será externa a la comunicación, la realidad objetiva, y las otras dos, internas, el debate público y el clima de opinión. Esta diferenciación resulta fundamental, pues a ella subyace la hipótesis de Gil Calvo: la opinión pública no viene ni a reflejar ni a construir la realidad, sino que desde fuera de la realidad viene a definirla. De este modo, la opinión pública es definida como la «institución encargada de construir la definición colectiva de la realidad» (p. 50).

Para profundizar en ello y ver el interés de diferenciar las tres fuentes citadas, a lo largo del capítulo se explora la naturaleza de la opinión pública. En primer lugar, se expone el modelo propuesto por

Elisabeth Noelle-Neumann a partir de su concepto de espiral del silencio y se hace un balance. Para cubrir las carencias adecuadamente identificadas, en segundo lugar, se presenta el modelo de Ashby de regulación y control del comportamiento, que será aplicado a las redes de interacción social: éstas, al tener que adaptarse al entorno ambiental para extraer recursos y así regular la reproducción social, requieren de instituciones que sean capaces de garantizar dicha función. Esto lo posibilita el flujo permanente de información que procede de la realidad objetiva, la comunicación social y los climas de opinión. A través de una breve exposición de la historia de la comunicación, en tercer lugar, Gil Calvo rastrea cómo la nueva opinión pública representa de forma mediática la realidad objetiva, los escenarios públicos de interacción colectiva y los acontecimientos mediáticos. Según concluye, con la confluencia discontinua y compleja de estas tres fuentes por las redes interactivas, la transparencia, la previsibilidad o la linealidad quedan suplantadas por la contingencia absoluta y la incertidumbre, alimentando una opinión pública de esas mismas características.

En el tercer capítulo se aborda un componente principal como es la realidad objetiva, y más concretamente si las instituciones modernas encargadas de conocer y definir la realidad son efectivamente capaces de ofrecer información objetiva sobre el riesgo ambiental y disipar de esta manera todo tipo de incertidumbre y miedo. Para ese objetivo, se parte de la siguiente hipótesis: «resulta preciso conocer la realidad, a fin de discriminar entre los males que amenazan condenarnos y los bienes que prometen salvarnos. Pues tanto nuestra seguridad como también nuestra prosperidad e incluso nuestra propia vida dependen de la fiabilidad de nuestro conocimiento real. De ahí que debamos relacionar el nivel de miedo con el grado de desconocimiento de la realidad» (p. 96).

La definición de la realidad viene de la acción conjunta de la ciencia y la prensa, respectivamente, a través de la definición consagrada y profana de la realidad. Lo que a Gil Calvo le interesa es discutir el cientifismo y la consiguiente pretensión de la actividad científica de monopolizar el conocimiento de la realidad. Para ello, se sirve de las diferentes tradiciones de la sociología del conocimiento científico, y defiende que debemos concebir la ciencia como un régimen de opinión pública en el que participan la realidad con su poder de veto y refutación, las redes institucionales de interacción científica y la prensa, que debería comunicar las diversas interpretaciones aportadas por los diferentes expertos. Sin embargo, a todo ello debemos añadir la sociología del riesgo, que si bien añade oportunamente el desconocimiento y la incertidumbre como elementos a integrar en la reflexión sobre la actividad científica, al erigirse como una nueva teodicea secularizada también incorpora imprevisibles consecuencias: su temática sobre la falta de seguridad y del conocimiento alimenta el miedo y la desconfianza, tanto en la ciencia como en la naturaleza de la realidad objetiva. Y aquí surgen las batallas de opinión que enfrentaría a ecologistas y sociólogos del riesgo, por una parte, y a científicos y expertos, por otra. Aquí la prensa no podría más que optar con cuál de ellas posicionarse.

Ante esta situación, Gil Calvo propone reflexionar sobre la verdadera consistencia de la realidad: a través de la crítica al axioma racionalista, identifica tres formas de realidad objetiva: la natural, la racional y la cimarrona (o aquella que emerge como efecto derivado de los intentos racionalistas de domesticarla). Pero como la función específica de la prensa, más que informar de todas estas realidades, es la de ser fuente de novedades, se interesa más bien por las realidades emergentes con el fin de hallar cualquier tipo de revelación. De este modo, una vez más,

la revelación periodística convierte el principio de realidad en mensaje del miedo y toda noticia en constante expectación y consiguiente ansiedad.

Para seguir profundizando en su tesis principal, la distinción tripartita ofrecida para la realidad objetiva será adaptada para contraponer dos modalidades distintas de realidad social. Más concretamente, la realidad que resulta de las interacciones sociales y que es objeto principal de los medios de comunicación. Las dos realidades sociales contrapuestas por Gil Calvo, la realidad social invisible y la realidad social visible, serán las dos cuestiones que se abordarán en los siguientes dos capítulos. El objetivo es analizar la función de revelado de expectativas colectivas o climas de opinión que promueven los medios de comunicación con la información de estas dos realidades imprevisibles u ocultas y los consiguientes comportamientos colectivos agregados: la propagación de la fobia social se convierte nuevamente en punto de análisis. Veamos para ello más detenidamente ambas realidades.

En el cuarto capítulo, el autor se detiene en lo que denomina «realidad social invisible», se trata de aquellas realidades surgidas como subproducto imprevisible por las consecuencias no deseadas de las interacciones personales (unidades elementales o componentes desagregados) por generación espontánea. Expuesto a través de los modelos de Olson, Hardin y Hirsch, el problema del efecto composición es que el equilibrio de sistemas macroglobales difiere de la intencionada: ni las personas ni los grupos pueden prevenir las consecuencias de la maltusiana multiplicación de las interacciones.

Ahora bien, de ahí no deriva la retirada, el colapso o la parálisis de las acciones individuales y colectivas: en opinión de Gil Calvo, la autoridad central ejercida por las democracias liberales, el sistema de precios y la opinión pública actúan como mecanismos institucionales generando un orden social. Pero los ciclos polí-

ticos y económicos, en algunos casos puro efecto composición, evidencian, como se recoge con ejemplos a lo largo del libro, que los futuros cambios de tendencia no resultan previsibles, más con el maltusiano incremento de la complejidad social. Aquí es donde actúan los medios de comunicación: revelando los efectos perversos, anticipando a ellos y haciendo previsibles, visualizando la forma en que se agrega el comportamiento colectivo, de modo que el agregado macroscópico resultante conforma la opinión pública.

La reflexión surge de los efectos que tiene la revelación pública. El signo del agregado final sigue siendo incierto, e incluso la comunicación anticipada al público de las expectativas que existen y de los resultados esperables pueden variar; a ello debemos añadir, además, el efecto multiplicador de la opinión pública a raíz de las especulaciones y emociones surgidas, intensificando la tendencia a la circularidad autorreferente. Y no siendo esto poco, se identifica una cuestión adicional: a diferencia de los estados y los mercados, que tienen los sistemas electorales y los precios como termostatos políticos y económicos, ni la opinión pública ni otras agregaciones colectivas como la sociedad civil o el fenómeno de la globalización tienen mecanismos de regulación. Y aquello por revelar no es más que el riesgo o la incertidumbre: a la complejidad, por tanto, se le añade la invisibilidad social, en una espiral de realimentación circular. Definidos como epidemias sociales, esta cuestión se aborda en el siguiente capítulo.

A las fobias como exógeno producto social surgidas de la densidad de las interacciones vienen a sobreañadirse las que derivan de la densidad comunicativa en las redes mediáticas: tenemos, pues, las fobias sociales y las fobias virtuales. Junto a las falacias de composición, en este quinto capítulo se analizan las causadas por el efecto contagio, «que se produce a través de las cadenas de interdependencia horizontal que vinculan a los agentes, facili-

tando que se afecten y se influyan unos a otros de forma manifiesta y transparente. Es lo que se puede llamar epidemiología social, cada vez más diversificada en extensión e intensidad, y de cuyas futuras consecuencias imprevistas todavía no sabemos casi nada» (p. 212). Se trataría de las externalidades generadas por la comunicación globalizada. En este caso, debemos considerar junto al principio maltusiano el efecto contagio, para así poder comprender las consecuencias perversas y la fobia social.

Para ello, a lo largo del capítulo, se abordan tres cuestiones: el principio impulsor de la epidemia social y del contagio; los medios impulsores, y el signo resultante de su efecto agregado. Ante todo, me importa incidir en el modo que Gil Calvo converge el principio maltusiano y el efecto contagio: el «grado de realidad [de las epidemias sociales] resulta siempre incomparablemente inferior a la desproporcionada importancia que llegan a adquirir ante la opinión pública. Ahora bien, esta exagerada importancia no se debe tanto a su desmedida atribución por parte de los medios más alarmistas como al efecto mismo de su propia magnitud epidémica [...] La capacidad de contagio de una epidemia social se hace máxima cuando, siendo todavía minoritaria —lo que la hace parecer arriesgada y clandestina—, sin embargo está creciendo en participación, frecuencia y densidad» (p. 233). La imitación social de los recurrentes ciclos epidemiológicos reside, según Gil Calvo, en el principio de reciprocidad generalizada. Y de este modo surge la siguiente incógnita: si la forma que adoptará la epidemiología social resultará beneficiosa o patológica, o en otra palabras, qué factores influyen en que la densidad interactiva proporcione confianza (cooperación, optimismo, capital social) o desconfianza (conflictividad, pesimismo, redes mafiosas). Gil Calvo recurre nuevamente a la interpretación maltusiana en un contexto de creciente interconexión mediática

en la aldea global, añadiendo la siguiente reflexión que le sirve como respuesta: «desde el momento en que existe la posibilidad de utilizar la capacidad informativa de los medios, aparece también la oportunidad de mejorar las oportunidades de éxito despertando el interés del público externo. Sin embargo, [por aquello de la cantidad de información como entropía negativa: cuanto más improbable sea un suceso, más información transmitirá; y viceversa] la única forma de conseguirlo es provocando algún acontecimiento espectacular con interés informativo suficiente como para merecer la atención de la opinión pública» (p. 248). Luego: la apoteosis del escándalo y las batallas de opinión, es decir, todo lo que sirva para el expectante suspense mediático y logre mantener el interés del público junto a la expectación y la tensión por conocer el desenlace futuro.

A través de estos cuatro capítulos que muestran el modo en que los medios de comunicación permiten visualizar las diferentes formas de realidad, se pretende desarrollar la tesis principal del libro: «el miedo es el mensaje». En el último capítulo, valorando la hipótesis avanzada en la introducción y la metodología maltusiana desarrollada a lo largo del libro, concluye con lo que denomina «cultura de la expectación». Para ello estima las siguientes dos ideas: en primer lugar, los contenidos y el modo sexy como los medios de comunicación retransmiten, y, en segundo lugar, el público, que confía y cree en la unificación como un todo continuo que hacen los medios de comunicación de las diferentes formas de realidad.

Ahora bien, la inducción de expectativas, hipótesis recogida a lo largo del libro, permite a los medios de comunicación no ya yuxtaponer noticias fragmentadas, sino representar una visión de la realidad. Haciendo un paralelo entre cine de suspense y medios de comunicación, el autor concluye como sigue: «es la estrategia inductora de expectativas que utilizan los

medios de comunicación, considerados como un creador colectivo de auténtico cine de terror y suspense, que a veces caen en el sensacionalismo del escándalo por el escándalo y la revelación por la revelación, pero que nunca pueden renunciar a lo más esencial para ellos, que es la creación de suspense, induciendo en los espectadores el abrigo de unas expectativas de futuro —a veces alarmistas, otras optimistas, pero inciertas siempre— que nadie puede saber nunca si llegarán alguna vez a cumplirse efectivamente» (p. 290).

2. En mi opinión, con el fin de desarrollar la tesis principal del libro, a saber, «el miedo es el mensaje», Gil Calvo fuerza algunos argumentos y evita otros. De la misma manera, aprecio similitudes con la principal obra de Beck: sus reflexiones iniciales en un artículo periodístico que dieron lugar a este libro se modifican, si bien la falta de un estilo más analítico dificulta concretizar sus posturas. Por ello, me permito avanzar algunas observaciones con el objetivo último de matizar las hipótesis de Gil Calvo e introducir nuevos elementos en la temática del riesgo.

En primer lugar, quisiera considerar la relación entre lo natural y lo social en relación con los problemas ambientales. Aunque el autor diferencia tres realidades, me parece que con ello opta por apropiarse para cada realidad de las diferentes perspectivas que se ofrecen para la temática. Al respecto, resulta esclarecedor el siguiente comentario: «el modelo que aquí se propone es tanto constructivista como realista y por eso no es en absoluto relativista. Es verdad que las cambiantes definiciones de la realidad están todas ellas construidas, a resultados del incierto resultado de las luchas por el poder institucional que regula la ciencia. Pero en esa conflictiva construcción de la realidad, ésta última también cuenta. Y si hay que contar siempre con ella es porque ejerce poder de veto, refutando determinadas definiciones de la realidad y generando fallos y fracasos cada vez más difíciles de

resolver dentro del paradigma dominante. Ahora bien, el que tales problemas y anomalías se califiquen como fracaso total, o tan sólo como fallo preocupante, es algo que no depende sólo de la realidad, sino también de la opinión pública de la ciencia, es decir, del agregado colectivo de percepciones subjetivas que cada científico abrigue sobre los juicios de los demás». Se trata de un matiz que recuerda este otro de Beck: «I can be both a realist and a constructivist, using realism and constructivism as far as these meta-narratives are useful for the purpose of understanding the complex and ambivalent "nature" of risk in the world risk society we live in» (*World Risk Society*, 1999: 134). Sin embargo, me parece que este tipo de afirmaciones obstaculiza una reflexión más productiva en términos sociológicos que ofrece la reconsideración del debate entre lo natural y lo social. En lo que sigue, profundizaré en esta cuestión, que permitiría a su vez una reflexión sobre las constelaciones epistemológicas y las consiguientes implicaciones políticas.

En el debate entre las perspectivas realista y constructivista, la primera de ellas ha generalizado e interiorizado en el campo de la sociología la siguiente crítica: los constructivistas no ofrecen un marco teórico adecuado para los problemas ambientales y llegan a borrar la diferencia entre lo natural y social con la ulterior negación del problema ambiental real. Esta puntualización ha tenido fuertes implicaciones en el campo de la sociología y especialmente en sociología ambiental. Si bien esta última corriente se diferencia de la tradicional sociología del ambiente, proponiendo que no debemos limitarnos a tratar las dimensiones sociales de los problemas ambientales, y en cambio debemos analizar las relaciones no con la separación convencional y dualista sino localizadas e interpretadas en la interacción en contextos locales, a pesar de ello, el pensamiento sociológico no logra ofrecer nuevos marcos analíticos. En

este sentido, las diferencias que ofrece Gil Calvo obedecen a las diferentes tradiciones que han emergido en este debate. Por una parte, considera la realidad objetiva, posicionándose así con la perspectiva realista, identificado por ejemplo en el nuevo paradigma ambiental: se analizaría la relevancia de los problemas físicos en la vida contemporánea, y viceversa. Pero como ha evidenciado incluso el realismo crítico, la naturaleza no habla por sí misma y se requiere de la mediación de la sociedad y sus instituciones para interpretar los supuestos problemas reales: no se niega el poder que tiene la naturaleza y el proceso material que ella envuelve, pero la naturaleza no tiene voz ni es independiente y requiere de la comunicación social para configurar este poder y este proceso en un modo particular u otro. Una tercera perspectiva, que en mi opinión se puede diferenciar de la segunda ante todo por cuestiones de énfasis, intenta analizar las razones que llevan a presentar algunas cuestiones como problemáticas: en opinión de este análisis construccionista, los problemas ambientales no se materializan por su cuenta, no habría hechos naturales como tales, y su emergencia y estatus real depende del modo en que son identificados, enmarcados y contestados por las diferentes agencias e instituciones sociales; la importancia descansaría en el proceso. Creo ver tales perspectivas en las tres realidades propuestas en el libro. Se trata de una disputa esencial: no queda claro si intensifican los riesgos o nuestra postura sobre los riesgos, es decir, si los riesgos, los conocimientos sobre el riesgo y las percepciones son o no la misma cosa, y todo ello aunque Gil Calvo distinga tres realidades diferentes y afirme de un plumazo (en contradicción con una primera crítica que realiza a Beck) que tanto los riesgos globales como la alarma social crecen. Y esta opacidad resulta aún más fundamental si integramos la discusión sobre las racionalidades y el rol de los medios de comunicación.

He de reconocer que tal reflexión no es la preocupación central de Gil Calvo y de Beck (las obras del alemán no son tanto debates epistemológicos sobre la naturaleza del conocimiento y la realidad, sino más bien políticos e institucionales, si bien la revisión por parte de Beck de que los riesgos no son una preocupación externa añadida a los expertos sino teorizados a nivel cultural y dentro de las instituciones, me parece que sitúan su trabajo en referencia imprescindible). Sin embargo, esto no puede ser pretexto para desdeñar la reflexión. Más cuando la cuestión resulta imprescindible para la temática del riesgo: incluso podríamos decir que ambos autores toman partido sin priorizar su estudio.

La definición del ambiente natural y su conocimiento resultan fundamentales. Para ello resulta imprescindible retomar la reflexión inicial y apuntar una probable dirección: en lugar de mantener la dualidad, podemos proponer que las diferentes categorías se constituyen en las prácticas sociotécnicas, no a partir de una realidad objetiva y un marco cultural vacío o en su caso externo a la práctica científica, sino en prácticas conformadas en discursos conceptuales, organizaciones institucionales y marcos espacio-temporales que integran modelos concretos de referencia, confianza, riesgo y materialidad. Y es así como debemos comprender también la temática del riesgo: no habría riesgos reales a definir por las instituciones científicas y riesgos percibidos por las agencias sociales en sus prácticas diarias para después analizar su interacción. Más que de consecuencias sociales de los problemas ambientales, hablaríamos de prácticas sociotécnicas más complejas en las que se reconstituyen los riesgos. Veamos todo ello más detenidamente.

Si bien las aportaciones sociológicas iniciales sitúan las políticas del riesgo en una fase en que la pluralidad de expertos se convierte también en políticas de conocimiento, la falta de apreciar las incerti-

dumbres epistémicas y técnicas o las disparidades institucionales en la ciencia han descuidado aspectos básicos. De la misma manera, concebir la opinión pública de la ciencia a través de los intereses y las relaciones de poder entre los científicos y la interpretación mediatizada, en mi opinión, descuida al menos tres debates fundamentales: la posibilidad de la epistemología en la nueva modalidad de actividad que supone la tecnociencia; las ambivalencias de la ciudadanía en sus percepciones y actitudes sobre la ciencia; y la problemática del riesgo.

En este sentido, sin pretensión de exhaustividad, sí conviene atender algunas observaciones de relieve. Para ello, en primer lugar, debemos superar el debate que concierne a los supuestos epistémicos, los modelos presupuestos de ciencia y sociedad, su transposición normativa e implicaciones políticas. Afirmar con Gil Calvo que el miedo está relacionado con el grado de desconocimiento de la realidad, sin introducir todo el debate que compete a los elementos que acabo de incorporar, reproduce y legitima a nivel teórico el modelo explicativo del déficit cognitivo. La imagen tradicional de la ciencia ha estado condicionada por una serie de supuestos, entendiendo la naturaleza como una entidad fija y unívoca, considerando al científico como un agente abstraído de su contexto social y legitimado por los conocimientos que aporta, y asignando al contenido del conocimiento científico un estatus epistemológico privilegiado. En definitiva, un modelo tácito de las personas, del conocimiento científico y su rol, de la estructuración funcional de la sociedad y de los objetivos en política de la ciencia. De este modo, con el proceso de modernización, el método científico y las virtudes cognitivas parecían facultar a la ciencia para reflejar lo natural y adquirir por tanto un conocimiento isomórfico e independiente de toda influencia social. Estas inercias se aprecian todavía en la obra de Gil



Calvo, hay problemas a nivel ontológico y epistemológico sobre el riesgo, y esto dificulta saber cuál es la naturaleza del riesgo, si concierne la cuestión a los expertos o también a las diferentes relaciones de definiciones, o si los medios de comunicación revelan o representan o visibilizan o producen riesgos.

Por el contrario, la mayoría de los estudios actuales de ciencia y tecnología, contra la interpretación dominante, intentan comprender de la siguiente manera la falta de confianza y el riesgo: las respuestas supuestamente ambivalentes de la ciudadanía, lejos de irracionales y fatalistas, se deben entender en un marco que caracterice los cambios que vivimos a nivel social, científico e institucional. Debemos hacer ver la necesidad de articular esta falta de confianza y la temática del riesgo en un espacio teórico y práctico que sea capaz de reconstruir la pluralidad de prácticas científicas en los marcos de vivencia diaria y de producción situada. Si el modelo de déficit cognitivo sobre la actitud pública de la ciencia ha considerado el conocimiento científico como vía para entender la percepción pública de la ciencia, una complejización del conocimiento y del público mismo en el contexto más amplio de los cambios estructurales de la ciencia pueden servirnos para repensar la relación de la ciencia con la sociedad. Si el conocimiento científico se produce en la interrelación de representaciones teóricas y contextos experimentales, la fijación de creencias para motivar y los principios para guiar nuestras actividades científicas no pueden obviar ni los cambios en el sistema de ciencia ni las propuestas axiológicas que aparecen en las socialidades contemporáneas. En mi opinión, una propuesta reflexiva del riesgo y la caracterización crítica de la nueva modalidad de actividad científica pueden servir a ese objetivo. Es decir, como propuesta analítica se deben integrar en la práctica social de la ciencia y en la articulación y el desarrollo del conocimiento científico. La idea de reflexividad

debería profundizar en tales cuestiones, evidenciando que los discursos institucionales del riesgo enmascaran contextos de incertidumbre sobre los hechos contextualizados en continuidad con los aspectos identitarios, sociales o culturales. A estas reflexiones que ofrecen la teoría empírica de la ciencia, las teorías sociológicas del conocimiento científico y la filosofía práctica de la ciencia, deberíamos añadir todas las reflexiones que van emergiendo en la teoría societal: para reconsiderar la lógica bivalente entre ciencia y sociedad, también debemos abordar conceptos como sociedad, público o identidad desde una perspectiva compleja, plural y dinámica. Esta complejidad permitiría analizar la pluralidad de prácticas constitutivas de la ciencia, no sólo las cuestiones científicas y técnicas (entendidas además de manera unívoca y determinista), sino otras concernientes a las económicas, políticas, sociales, ecológicas (y no entendidas como externas, a fin de evitar por otra parte una reflexión vacua e irrelevante), y también las incertidumbres y las ambivalencias constitutivas de las prácticas científicas: no podemos obviar la situación real, aquella en la que resulta imposible aplicar la estrategia aristotélica de evitar los extremos con la fácil dicotomía de ecologistas alarmistas y políticos encubridores.

La insistencia de Gil Calvo en la hipótesis malthusiana y en los medios de comunicación dificulta la identificación de estas cuestiones, y tiene el peligro de dar a comprender que la falta de confianza, el miedo y la incertidumbre no son causa más que del comportamiento de los medios de comunicación. En mi opinión, con estas matizaciones, la relación natural-social y la crisis institucional se pueden comprender de una manera diferente. Y de modo crítico avanzaría además en el objetivo que caracteriza a la sociología del riesgo: su preocupación por los cambios socioestructurales, considerando el riesgo y la amenaza ambiental no necesariamente como cuestiones emergentes y que crecen objetiva-

mente, y ello junto a otras cuestiones como la individualización. Pero como decía, de modo crítico, pues aun tematizando las ambivalencias, la borrosidad de las fronteras o la complejidad de los fenómenos sociales, se tiende a adoptar categorías rígidas y posiciones respecto al riesgo que resultan globales y generales, es decir, unívocas: algo así como una teoría global del riesgo. Para ello, y desde la perspectiva ofrecida, deberíamos incorporar las críticas a la sociología del riesgo por parte de diversos analistas sociales como Alexander, Elliot, Lash y Urry, Lupton, Smart, Wynne entre otros, que aprecian una perspectiva cognoscitiva, lineal, automática, estructural y una evidente ausencia de los sujetos en la reflexión sobre el riesgo. Y si consideramos los diferentes tipos de valores constitutivos de las prácticas científicas y de las representaciones públicas de la ciencia, entonces la temática del riesgo, el papel de los medios de comunicación y el lugar que ocupan los sujetos en la configuración y representación del riesgo varía considerablemente. Es más, los individuos dejan de ser necesariamente epifenómenos del discurso mediatizado, una audiencia accidental que ofrece el modelo naif de estímulo-respuesta.

De la misma manera, en lugar de ofrecer una propuesta teórica y abstracta de las prácticas y representaciones de los medios de comunicación sobre los riesgos, deberíamos ofrecer una propuesta más local y empírica (no por ello empiricista) sobre la diversidad de formatos y

temas, las divergencias en la selección y tratamiento de las cuestiones ambientales, las relaciones institucionales y estructurales entre los medios de comunicación y otros centros institucionales de poder, las posibles formas y oportunidades que ofrecen, etc. Por ejemplo, si tematizamos el rol que puedan desempeñar los medios locales en la comunicación de problemas ambientales, una propuesta más realista (compleja) del riesgo y la diversidad de comportamientos sociales (y estructuras de oportunidad) variaría considerablemente la visión de Gil Calvo.

Todo ello nos remitiría a la crítica de los supuestos indiscutidos (entre los que integro también la reflexividad y la destradicionalización que proponen Giddens y Beck), a la crítica de la fenomenología de la globalización que se observa en las macroteorías sobre los riesgos, medios de comunicación y políticas de la vida, pero también a una perspectiva crítica de las teorías objetivistas y la consiguiente toma de conciencia que puede emerger a través de una presencia de lo cultural y de las agencias societales. La desconfianza, la incertidumbre, el miedo se conciben así de una manera más compleja, ambivalente y constitutiva de las prácticas sociocientíficas. Se trataría de una manera muy diferente de entender las prácticas del mensajero y, muy especialmente, las percepciones de la gente.

Andoni Eizagirre  
UPV/EHU

CONVERSI, Daniele

*Ethnonationalism in the Contemporary World*

Londres/Nueva York: Routledge, 2004, 302 p.

La contribución de Walker Connor a los estudios sobre el nacionalismo es bien conocida por los especialistas en esta materia y su influencia en ese campo es, segu-

ramente, comparable a la de autores como Hobsbawm, Gellner o Smith. Debido a ello, es de agradecer la publicación de libros como éste, que, por un lado, rinde